

¿Y los otros conflictos?

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador y politólogo

Cumplido un año de la invasión rusa de Ucrania, todo el foco informativo se ha dirigido a esta guerra. Programas especiales, desplazamientos de comunicadores de relumbrón de las cadenas televisivas a Kiev, numerosas visitas de líderes internacionales a Zelenski, comparencias a todas horas, etc. Con el objetivo de que el espectador no se olvide y se siga manteniendo viva la atención ante el peligro del hartazgo. Y es que uno de los mayores problemas que tienen estos conflictos es la indiferencia, como sucede en la mayoría de los casos abiertos a día de hoy en el mundo. A medida que se prolonga en el tiempo, más peligro hay de que decaiga su actualidad y, por lo tanto, los medios de comunicación ya no manden sus corresponsales sobre el terreno. Por ahora, esto no está pasando en Ucrania y los informativos nos dan el parte diario de cuanto allí acontece. Evidentemente, se trata de un periodo crítico para Europa, debido a la implicación de su vecino más fuerte, pero asimismo por las consecuencias económicas que está teniendo y que, a no dudarlo, tendrá en el futuro, ya que, por un lado, habrá que afrontar la reconstrucción y, por otro, en caso de entrar en la Unión Europea, va a ser un sapo más grande de tragar que la incorporación de la Alemania Oriental tras la absorción por la RFA. Por tanto, es lógico semejante despliegue informativo, pero eso no nos debe cegar respecto de los otros conflictos.

A resultas del terremoto sucedido en el sur de Turquía y norte de Siria, algunos se han acordado de que la conflagración allí no ha terminado y, de hecho, la ayuda humanitaria para llegar a las zonas afectadas se ha ralentizado por esa situación. Comenzada en el 2011, en estos momentos no se atisba, según Naciones Unidas, ningún acuerdo de paz, cuando, a finales de 2022, habían muerto 307.000 civiles. ACNUR señala 6,2 refugiados internos, 5,6 desplazados fuera del país y 13 millones de personas que necesitan auxilio humanitario, de un total de 17,5 millones de habitantes. Pocos recuerdan ya la crisis de los refugiados e incluso el terrible califato del ISIS con capital en Raqqa. Sólo de vez en cuando brutales atentados rememoran su existencia, pero Siria continúa en una situación de desgarró que a muy pocos líderes parece preocupar. Aunque otro tanto se puede decir, en esa misma región, de Yemen, devastado por una contienda civil con implicaciones internacionales, debido a que la coalición encabezada por Arabia ha convertido esta pugna en una lucha de poder entre el sunismo y el chiísmo auspiciado por Irán. La tregua negociada por la ONU en abril de 2022 se rompió a finales de octubre, por lo que no hay fácil solución.

Por su lado, el derrocamiento de Gadafi y su posterior asesinato en 2011 han supuesto sumir a Libia en el absoluto caos, con un duro enfrentamiento local y con una intervención internacional que apoya a uno u otro bando en función de sus intereses. De por medio, células yihadistas sembrando el terror en una población que, muchas veces, sólo le queda cruzar el Mediterráneo en patera. Es entonces cuando saltan las alarmas y nos acordamos de la tragedia que esas gentes llevan viviendo desde hace años, primero bajo la bota del dictador y ahora de unos líderes que sólo velan por su beneficio. El panorama es tan desolador que los traficantes de seres humanos han encontrado aquí un buen nicho de negocio, aprovechando la desgracia que se cierne no sólo sobre Libia, sino también sobre un número importante de repúblicas africanas inmersas en hostilidades que parecen no tener fin, como en la República Democrática del Congo, Malí, Etiopía, Nigeria, República Centroafricana, Somalia, Uganda o Sudán. A este respecto, los esfuerzos de la ONU en 2022 no han sido suficientes.

No obstante, el affaire más largo es, sin duda, el palestino-israelí, que remonta sus orígenes a la propia proclamación del Estado de Israel en 1948, cuando el plan de partición de la ONU aún no había sido aceptado por los árabes. Desde entonces, se han sucedido varias guerras, algunos pactos históricos, actos terroristas y esperanzas de paz que, por ahora, no han llegado a buen puerto. Al contrario, la brutalidad con que se está empleando el Ejército israelí en lo que vamos de 2023 pone de manifiesto las escasas posibilidades de llegar a la tan mencionada solución de dos estados conviviendo pacíficamente. Hasta el 22 de febrero se contabilizaban 61 muertos palestinos, 10 israelíes y una mujer de nacionalidad ucraniana en distintos ataques. En realidad, la llegada a la Casa Blanca de Biden no ha supuesto, desde el punto de vista político, nada nuevo en la región. Sí, económicamente, pues Washington ha reactivado los paquetes de asistencia negados por Trump. La vuelta al ejecutivo de Netanyahu en una coalición de gobierno de extrema derecha no augura avance alguno. Al contrario, todo parece indicar que estamos ante un estancamiento total de las negociaciones que sólo favorece a Israel. La falta de interés mediático corre en contra de los palestinos. De ahí la relevancia de los medios para que los conflictos no se olviden.

24 de febrero de 2023